

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Septiembre de 1935

Núm. 123

Puntos de vista

Europa enloquecida

Europa no escarmienta. Y es sin duda un triste balance el que ofrece la actualidad del mundo, en esta hora de agresividad extrema, en que parece perdido el control de la paz. ¿Han fracasado los pacifistas que después de 1918, entregaron toda su energía a combatir la guerra? Después de esa fecha, la literatura de guerra alcanzó proporciones nunca vistas. Todo el mercado editorial del mundo, puede decirse estuvo destinado durante varios años a alimentar la avidez de los hombres que pedían nuevos documentos condenatorios de la guerra. Novelas, memorias, revistas, discursos, todo estaba destinado a provocar en la humanidad el asco y la repugnancia de la guerra. Los evangelistas saltaron todas las fronteras con su propaganda antiguerrera y agitaron la opinión de todos los países de Europa. Parecía que en los gobernantes y estadistas había prendido por fin, el espíritu superior de ese idealismo pacifista que debía evitar al mundo nuevas angustias y horrores.

Las cifras de muertos que llenaron el paréntesis trágico 1914-1918 fueron olvidadas. Y a la campaña pacifista, sistemática, dirigida por los más célebres escritores y estadistas de Europa, comenzó a responder, lentamente, subrepticamente en un comienzo y desembozadamente más tarde, la más encarnizada carrera por la superioridad naval y militar de las más poderosas naciones del Viejo Mundo y también de otros mundos más nuevos. Como una

llamarada estalló en América del Sur una guerra sangrienta a la que se puso término después de tres años de horrores. El balance fué una cifra fantástica: 80 mil muertos. Miles de viudas, huérfanos y mutilados. ¿Y para qué? Fracaso nuevo del pacifismo y fracaso total de todas las propagandas antibélicas.

Las guerras como las revoluciones llevan en su fondo la fuerza oculta de la voracidad. De ellas mismas surge el elemento que les pone término. La guerra de 1914 parece no haber terminado, porque los elementos destructores quedaron en vigencia y no ha surgido aún esa voluntad que deberá liquidarlos. Los tratados de paz signados por la espada, dejan en potencia el germen de nuevas hecatombes. Europa vive ahora días sombríos. Porque frente a gobiernos democráticos, en que el pueblo o la opinión pública participan, con sus hombres representativos, en los debates más graves, se levantan gobiernos omnímodos, gobiernos de un solo hombre o de un grupo reducido de hombres que imponen su voluntad inflexible a pueblos encadenados, en los cuales la razón no se deja oír. Las dictaduras son siempre enormes fuerzas guerreras. Para defenderse de la oposición interna necesitan grandes masas de defensores armados que imponen por la sola presencia, la voluntad de dominio y la razón del silencio. Una dictadura necesita actuar siempre con la fuerza, porque de otro modo no se justifica a sí misma. Y esta presión que la fuerza ejerce dentro de un país, encuentra siempre estrechas sus fronteras y trata de ampliarlas con el formidable poder interno que ha creado.

En Europa los imperialismos económicos, voraces y expansionistas, se encuentran ahora frente a frente. Son series de países que tratan de aniquilarse, como ya en 1914, otra serie de países pretendió igual aventura, sin otro resultado que el de exacerbar más hondamente el espíritu bélico. A la destrucción se responde con la destrucción. Y las leyes internacionales, los pactos antibélicos, las sociedades de naciones ilusionadas por la paz, sienten desprenderse de ella los miembros más poderosos, los que la sostuvieron para ir a correr la aventura de la guerra. De esta suerte las leyes

caen trituradas y pisoteadas por las armas y el rodar pesado y mortal de los cañones. Falanges de soldados, como hipnotizados por la furia guerrera, pasan sobre los tratados de paz, sobre la buena fe, sobre las más dolorosas previsiones. Los nacionalismos nacidos con la guerra, no han hecho sino aumentar la zozobra en Europa. Las palabras iluminadas de Wilson apenas si se recuerdan o mejor, han sido ya total y absolutamente olvidadas.

El régimen del derecho, la ley de la civilización, están otra vez amenazados de muerte. Un país ha rebalsado sus fronteras y ha lanzado sus legiones, como otrora Roma a la conquista de nuevas tierras. Por encima de las leyes del derecho ha hecho valer las leyes de la biología. Otros países poderosos que en su hora cumplieron, en medio del silencio del mundo civilizado, iguales y trágicas aventuras, levantan ahora su espada para oponer razones humanas. No se les escucha. El mundo de la gran civilización, de los grandes ciclos de cultura, cae de nuevo al eclipse de la razón. De esta suerte, las leyes tan penosamente edificadas por el hombre a lo largo de siglos de sacrificios y de amarguras, sancionadas por la continuidad de la civilización, carecen de potencia y de virtud. Como en los dominios oscuros de la naturaleza civilizada, como en el espesor inviolable de las selvas, que los humanos no se atreven a franquear, los hombres de esta civilización prodigiosa que ha tocado casi la cúspide del milagro científico, retrogradan a los tiempos primitivos. En la selva no hay leyes y por tanto sus ocupantes, amparados por la impunidad, resuelven sus disputas con los horrores que la propia naturaleza les señala. En la superficie clara y poderosa en que vive una humanidad culta, los hombres se aprestan en cambio para liquidarse como si no existieran leyes escritas, derechos inviolables, tratados en que todos han concurrido con su firma.

El mundo europeo ha vuelto a su locura. La civilización está en el más peligroso y grave de sus trances y Europa no quiere al parecer, darse cuenta de que se encuentra al borde de la más honda y definitiva de sus transformaciones. Del seno mismo del imperia-

lismo, como una paradoja sarcástica, repitiéndose la vuelta desoladora de los ciclos históricos, van a surgir esos estados sociales nuevos, contra los cuales se ha creído combatir, y contra los que se han empleado todos los recursos de aniquilamiento. La gran vegetación de Europa está alimentando con la locura de la guerra, esa vegetación oculta que la hará caer destrozada sobre nuevos y más horribles escombros.